

nuestro tiempo y que Mons. Kevane siente y vive con plena conciencia, ofreciendo como solución de las actuales dificultades las orientaciones que le dicta su gran experiencia, su preparación, y el sentido de responsabilidad que se trasparenta en estas páginas. Mejores y más abundantes serían los frutos a cosechar de una dedicación a la catequesis tal y como él la entiende.

JESÚS SANCHO

AA. VV., *Manifestation et révélation*, Paris, Ed. Beauchesne (Col. «Philosophie», n. 1), 1976, 252 pp., 13 × 22.

AA. VV., *Le mythe et le symbole*, Paris, Ed. Beauchesne (Col. «Philosophie», n. 2), 1977, 250 pp., 13 × 22.

AA. VV., *Le modernisme*, Paris, Ed. Beauchesne (Col. «Philosophie», n. 5), 1980, 270 pp., 13 × 22.

«Animada por un grupo de profesores de la Facultad de Filosofía del Institut Catholique de Paris, la colección *Philosophie* aspira a ser la expresión de una investigación filosófica respecto a los temas capitales de nuestro presente cultural, que ponga en acción la inteligencia creyente e impulse un trabajo de reflexión». Con estas palabras es descrita por los editores la colección en la que se integran los tres libros que recensamos.

En la presentación general incluida en el primero de los volúmenes de la colección, uno de los profesores que participan en el proyecto comenta que ha nacido con una doble finalidad que procede de una doble constatación. De una parte, representa «un essai de *convivialité* de la pensée», ya que, en la situación actual, el filósofo corre el riesgo de aislarse y convertirse en una «mónada pensante», que se relaciona con el resto de la comunidad filosófica sólo por medio de escritos que, ante el ritmo actual de la producción, caen con frecuencia en el vacío: se advierte así la necesidad y la urgencia de reestablecer estructuras de diálogo, ocasiones de encuentro más personal y vivo entre filósofos al estudiar en común un mismo tema. De otra parte, es fruto de un deseo de recuperar el contacto entre el pensamiento filosófico y el teológico. La convulsión sufrida en los últimos decenios por el pensamiento católico ha roto el sistema intelectual, relativamente unificado, que reinaba en los años precedentes. Filosofía y Teología proceden, desde entonces, cada una por su propio camino, sin que se opere una real coordinación entre ambos itinerarios, ni siquiera en el caso de que ambos sean recorridos por pensadores creyentes e incluso aunque se trate de filósofos y teólogos que operan en el seno de una misma comunidad universaria. Este hecho desemboca en una neutralización recíproca de lo teológico y lo filosófico, que amenaza con privar de eficacia tanto a una como a otra disciplina. Las estructuras de diálogo que deben ser reestablecidas afectan, pues —con-

cluye la presentación—, no sólo a pensadores, sino, a la vez, a formas y modos de pensar. De ahí la fisonomía que adopta la colección *Philosophie*: un esfuerzo de filósofos que, actuando como tales, es decir, usando de la razón filosófica, se plantean en común temas que rozan o inciden directamente en lo teológico.

A ese planteamiento esbozado en el primero de los números de la colección, han venido respondiendo los volúmenes hasta ahora publicados. Dos de ellos, el tercero y el cuarto, que versan respectivamente sobre *Le pouvoir* y *Le sujet de l'éducation*, tratan temas más alejados de la teología; dejándolos aparte, vamos a analizar brevemente los otros tres, lo que nos permitirá hacernos una idea más acabada del intento que se acaba de describir, o, si se prefiere, comprobar hasta qué punto la realización hasta ahora conseguida está a la altura de las intenciones manifestadas por quienes vienen protagonizando ese esfuerzo intelectual.

*Manifestation et révélation* gira en torno a un intento de dilucidar el significado de esos dos conceptos y plantear las coordenadas de la realidad que evocan, es decir, la comunicación del saber de Dios al hombre. Una visión del índice pone de manifiesto que el tema ha sido abordado a partir de perspectivas distintas, procediendo cada autor por la vía que ha estimado oportuna. Algunos adoptan una perspectiva histórica: así Jean Trouillard, que estudia la noción de teofanía en Juan Escoto Eriúgena; Dominique Dubarle, que analiza la interpretación de la revelación que ofrece Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la religión*, y Xavier Tilliette, que comenta algunos aspectos de la Filosofía de la manifestación de Michel Henry. Otros esbozan en cambio una reflexión sistemática, como Yves Ladure, que toma como punto de partida unos textos de Nietzsche, y, sobre todo, Stanislas Breton y Jacques Marelló, que se esfuerzan ambos por llegar a una clarificación del alcance de los dos términos que dan título al volumen: el primero, aproximándose a la terminología hegeliana, ve en la revelación una comunicación fruto de una decisión libre y gratuita y en la manifestación una epifanía que fluye necesariamente del propio actuar substancial; el segundo, más cercano a la forma de hablar bíblica, define la revelación como el acto por el que es dado a conocer el misterio, es decir una realidad inefable que permanece trascendente en su misma comunicación, y, en cambio, la manifestación como aquel hecho o acontecimiento en el que el poder de Dios se hace visible, suscitando por consiguiente la admiración.

La extensión de las diversas colaboraciones es muy desigual, oscilando desde las 13 páginas de la de Yves Ladure hasta las 130 de la de Dominique Dubarle. El conjunto de todas ellas pone en evidencia una realidad: la complejidad y riqueza del tema de la revelación, y la pluralidad de matices y significaciones que el vocablo reviste en la filosofía contemporánea. Un discurso sistemático encuentra ahí estímulo y materia para la reflexión. El esfuerzo realizado hubiera resultado más eficaz si hubiera partido desde una base más elaborada, si, por poner un ejemplo, las colaboraciones de Marelló y Breton hubieran precedido a las otras siendo asumidas como encuadre terminológico y conceptual, que facilitara el diálogo; de hecho la «convivialité de la pensée», la convivencia o coexistencialidad de pensamiento de que habla la presentación, está realizada sólo

a medias. Por lo demás, en algunos artículos se advierte una clara tendencia a concebir la religión a partir de la noción de experiencia: así ocurre, en términos muy netos, en el de Yves Ladure y, más matizadamente, en el de Dominique Dubarle. Sin negar la importancia de esa noción, cabe no obstante señalar que no resulta la perspectiva más adecuada para comprender la realidad religiosa y, menos aún, la de la revelación, si entendemos este vocablo en su sentido teológico preciso, es decir aplicado a la revelación cristiana: la reflexión, en este caso, debe ir por otras vías, como son las que expresan los términos locución, comunicación, encuentro, enseñanza, etc.

En el segundo libro de la colección, *Le mythe et le symbole*, se pone en práctica una metodología de trabajo muy similar a la del primero. También en este caso se han escogido como tema dos vocablos y dos realidades relacionadas entre sí —el mito y el símbolo— y los diversos autores se han planteado, separadamente, cuestiones diversas, bien históricas, bien teoréticas. De tipo histórico son la colaboración de Jacques Trouillard, que analiza los fundamentos del mito según Proclo; la de Xavier Tilliette, que expone las líneas generales del estudio de la mitología realizado por Schelling, y la de François Marty que estudia el lugar que el símbolo ocupa en el planteamiento de Kant. Especial interés tiene este último, que concluye afirmando que el filósofo de Königsberg da al término símbolo un valor técnico, considerándolo como la expresión adecuada para definir el valor del lenguaje sobre Dios, ya que, de acuerdo con el planteamiento general kantiano, Dios no es captado por la razón pura, y por tanto, no es objeto de conocimiento, pero, no obstante, necesita ser pensado como fundamento de la praxis y por consiguiente no como mero ser vacío, sino como Dios vivo: la noción de símbolo, entendida como cifra evocadora pero no propiamente cognoscitiva, se presenta así como pieza esencial de la concepción kantiana de la religión.

De tenor sistemático, en cambio, son las cinco colaboraciones siguientes. Jean Greisch ofrece una meditación sobre las relaciones entre mito, hermenéutica y rito en diálogo con Claude Lévi-Strauss. Ephrem Dominique Yon esboza, inspirándose en Hegel, una reflexión sobre el símbolo desde la perspectiva estética, poética y evocadora, que se prolonga con algunas consideraciones sobre un símbolo concreto: el del árbol, tanto en sentido cósmico, como cristiano, es decir el «árbol» de la Cruz. Jacques Marelló y Stanislas Breton sitúan el debate al nivel de los presupuestos antropológicos de los símbolos y ritos, analizando, el primero, el valor del llamado «simbolismo natural» y estudiando, el segundo, la función de la sensibilidad, la memoria y la imaginación en la génesis y desarrollo de la simbología, con especial referencia a la simbología cristiana. Finalmente Dominique Dubarle, retomando el problema apuntado por F. Marty en su estudio sobre Kant, se plantea la cuestión del simbolismo religioso en su relación con el conocimiento de Dios, para resolverla acentuando el valor a la vez noético y ontológico del símbolo, aunque —al igual que en el escrito del número precedente— poniendo un particular acento en las ideas de contacto y de experiencia.

La lectura de *Le mythe et le symbole* conduce a una conclusión parecida a la que se desprende de *Manifestation et révélation*: el conjunto de

las contribuciones pone de manifiesto una amplia gama de posibilidades temáticas, pero el intercambio intelectual entre los diversos autores no llega a cuajar y las diversas colaboraciones se yuxtaponen más que se integran. Por lo demás este volumen resulta, en realidad, más disperso que el primero, como consecuencia, probablemente, de la mayor indeterminación del tema, ya que las expresiones mito y símbolo evocan un trasfondo más complejo que los vocablos manifestación y revelación. Los escritos de Trouillard, al analizar el papel de la imaginación, y los de Marty y Dubarle, al abordar la consideración del simbolismo religioso desde la perspectiva del conocimiento, señalan una línea decisiva, que hubiera valido la pena desarrollar mucho más ampliamente. Una profundización en las virtualidades cognoscitivas de la inteligencia humana constituye, a este respecto, el punto de partida indispensable: la ausencia de un planteamiento claro de este punto se deja notar en algunas de las colaboraciones. La consecuencia es una cierta ambigüedad en la valoración e incluso en la misma comprensión de lo simbólico.

*Le modernisme* mantiene la misma estructura que los volúmenes anteriores, con las diferencias que derivan del hecho de estudiar no un problema o cuestión teórica, sino un fenómeno histórico, aunque sea, como en este caso, con preocupaciones no meramente historiográficas sino filosóficas. En la breve introducción al volumen, se señala que en los años de la crisis modernista, y en los posteriores, se discutió sobre todo de los problemas exegéticos y dogmáticos que el modernismo planteaba, pero menos de los filosóficos, y éstos, se añade, deben ser también considerados, y en cierto sentido en primer lugar (p. 8). La introducción recoge además una frase que Jean Greish, uno de los colaboradores, escribe en su artículo: tal vez —afirma Greish— un pensamiento cristiano mejor armado filosóficamente, que el existente en la época del modernismo, hubiera podido, si no evitar la crisis, al menos conjurar sus desarrollos más dolorosos y desgarradores. Esta conjetura, aparte de reforzar la declaración anterior, pone de manifiesto la actitud de espíritu con que este número de la colección *Philosophie* ha sido emprendido: se aspira a clarificar las bases filosóficas de los planteamientos modernistas, con el deseo no tanto de criticar esas posiciones, cuanto de desvelar los problemas filosóficos que estaban en juego y ponerse en camino para su solución positiva.

El libro se inicia con un artículo del actual Decano de la Facultad de Filosofía del Institut Catholique de Paris, Pierre Colin, destinado a verificar las posibles raíces kantianas del planteamiento modernista. Aborda el tema de manera más bien indirecta, ya que se ocupa preferentemente de un análisis de la doctrina expuesta por la *Pascendi* en torno a cuatro cuestiones fundamentales —el agnosticismo, la inmanencia religiosa, la crítica histórica y el dogma— poniéndola en relación con textos e ideas de Loisy, de Tyrrel y sobre todo de Sabatier, al que concede una importancia capital y a través del cual entra, con anotaciones breves de ordinario, en el tema del influjo kantiano. Una pregunta capital aflora a lo largo del ensayo: ¿el Kant presente en los ambientes escolásticos y católicos de la época era un Kant bien conocido e interpretado o un kantismo no captado en su plenitud? La pregunta no tiene respuesta y queda abierta para posteriores investigaciones, aunque algunos signos hacen pensar que

Colin se inclina por la segunda parte de la alternativa. Señalemos, por otra parte, que la crítica que dirige a lo que denomina «sistema doctrinal», o intento de exponer el contenido de la fe de forma deductiva, del que cree encontrar rastros en la *Pascendi* y, en todo caso, un ejemplo claro en Gardeil, incurre a nuestro juicio en simplificaciones que corren el riesgo de obscurecer algunas cuestiones capitales.

A continuación del largo escrito de Colin, cuatro artículos más breves consideran algunos aspectos del pensamiento de dos de las figuras más importantes, desde el punto de vista filosófico, de los acontecimientos de principios de siglo: Edouard Le Roy y Maurice Blondel. Del primero se ocupan Jean Houssaye y Stanislas Breton, considerando, respectivamente, el planteamiento general del tema religioso y la noción de dogma. Xavier Tilliette estudia en cambio la polémica que enfrentó a Blondel y Loisy en torno a las cuestiones cristológicas; sin dejar de señalar los límites del planteamiento blondeliano, Tilliette subraya a la vez la importancia —también actual— de las advertencias de Blondel respecto a la necesidad de que la cristología acepte como base no sólo los estudios históricos acerca de Cristo, sino la entera fe de la Iglesia, más aún la misma espiritualidad. En consideraciones parecidas incide Jean Greish que estudia el planteamiento hermenéutico esbozado por Blondel en su «Histoire et dogme», de 1904, y, especialmente, la centralidad que atribuye al concepto de tradición. Los cuatro artículos mencionados son todos ellos breves, y se limitan a una descripción del pensamiento de los autores examinados, con alguna breve acotación personal.

La obra se cierra con un amplio trabajo, un centenar de páginas (pp. 181-270), de Dominique Dubarle sobre la noción de experiencia religiosa. La crisis modernista, afirma, nos sitúa entre dos concepciones de la experiencia religiosa: la católica, según la cual la experiencia sigue a la fe, y la modernista, para la cual la experiencia antecede a la fe y la hace surgir; entremezclándose en la disputa y en la reflexión, dos filosofías de la experiencia: la aristotélica, sustentada y orientada por la afirmación de la percepción del ser, y la kantiana, basada en la convicción de que el conocimiento está limitado al orden de lo fenoménico. A partir de ese *status quaestionis*, Dubarle señala que toda clarificación de la noción de experiencia religiosa depende de una pregunta capital: ¿le es posible al hombre en su condición terrena —es decir, antecedentemente a la visión beatífica— una experiencia de Dios? Para responder a esa cuestión procede a un atento estudio de la obra de Ambrose Gardeil —analizado con mayor simpatía y detalle que Pierre Colin—, desde «La crédilité et l'apologetique» hasta «La structure de l'âme et l'expérience mystique», concluyendo con una nueva interrogación: teniendo en cuenta que Gardeil admite una experiencia de Dios en la mística, ¿cabe pensar en una ampliación de las consideraciones que llevan a Gardeil a esa conclusión, estudiando la posibilidad de su aplicación, salvadas las distancias, a otras realidades, especialmente al momento original de la revelación, es decir a lo que, en la terminología de Santo Tomás, se denomina como carisma de profecía?

En las páginas finales de su escrito, Dubarle esboza algunas de las perspectivas que ese interrogante plantea, pero no afronta temáticamente la cuestión. Nos deja por tanto a la expectativa de una eventual conti-

nuación de su trabajo. Cabe, no obstante, hacer una observación, que prolonga algo ya apuntado al hablar de sus otros artículos en los números anteriores de esta colección: ¿es realmente la noción de experiencia la noción que permite afrotar las cuestiones planteadas?, ¿continuar por ese camino no conduce a intentar superar a Kant por la vía de Swedenborg y por tanto concediéndole la victoria en su propio terreno? En otros términos: ¿no puede ser a veces el recurso a la experiencia signo de una desconfianza en la capacidad cognoscitiva de la inteligencia? Colin cita en su artículo una observación de Edouard Le Roy: el problema de fondo planteado en la época del modernismo gira en torno a la noción de verdad. Nada más exacto. Es ahí, si se aspira a clarificar la crisis modernista, y no a verse envuelto en ella, donde debe centrarse la investigación, yendo a la raíz del análisis y de la crítica del agnosticismo.

Como decíamos al principio, la lectura de los volúmenes de la colección *Philosophie* es la vía para juzgar del propósito inicial, verificando si en la práctica se ha conseguido realizar ese diálogo y esa comunidad intelectual a la que aspiraba. Cada lector sacará sus propias conclusiones. Por nuestra parte digamos, ampliando anotaciones hechas de pasada, que constituye sin duda un intento laudable, pero que necesitaría ser desarrollado. Añadamos, en este sentido, dos observaciones. En primer lugar, la necesidad de reconsiderar la metodología: un diálogo como el que la colección aspira a fomentar ganaría en eficacia si, manteniendo la diversidad de itinerarios y enfoques, los diversos autores partieran de un análisis en común del *status quaestionis*, lo que les permitiría relacionar entre sí los diversos planteamientos y terminologías, pasando así de números monográficos a obras colectivas. Pero, sin duda, ese *optimum* es mucho más una meta que un punto de partida. De ahí la segunda observación: la conveniencia, para que el diálogo llegue a término, de ir retomando las cuestiones analizadas en cada volumen, de forma que se pueda ir así no sólo apuntando perspectivas, sino conquistando metas.

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE

Johann AUER - Joseph RATZINGER, *Curso de Teología Dogmática*. III. *El Mundo Creación de Dios*, por J. AUER, Barcelona, Ed. Herder, 1979, 664 pp., 14,5 × 21,5.

Es el tomo III del *Curso de Teología Dogmática* (*Kleine katholische Dogmatik*) compuesto por los prof. J. Ratzinger, actualmente Arzobispo de Munich, y J. Auer. El *Curso* se encuentra vertido ya al castellano en su casi totalidad. Además del presente volumen, el prof. J. Auer ha escrito los volúmenes I (Introducción a la Teología Dogmática), V (El Evangelio de la Gracia), VI (Sacramentos. Eucaristía), VII (Los Sacramentos de la Iglesia) y VIII (La Iglesia). *Scripta Theologica* ofreció en su momento una amplia recensión del tratado sobre la Gracia (10, 1978, 348-354) y del de Sacramentos (12, 1980, 311-316).